

**Metodología y Didáctica Yo Mayor.
Compilación de ensayos
experienciales**



escuela virtual
.....
**HISTORIAS EN
YO MAYOR**
.....

Introducción

Tras consolidarse durante 6 años como un reconocido concurso de cuento y narración oral dedicado a rescatar y difundir los saberes de las personas mayores en Colombia el proyecto de **Historias en Yo Mayor**, organizado por las fundaciones Saldarriaga Concha y Fahrenheit 451, pasó a convertirse en 2020 en una **Escuela Virtual**. Gracias a esta maravillosa transformación, en el marco de la pandemia del Covid-19, cientos de personas mayores se permitieron explorar su creatividad, contar y compartir sus historias de vida a través de reuniones semanales, cartillas pedagógicas, talleres, podcasts, conversatorios y clubes de lectura que componen una poderosa metodología dividida en siete semanas de trabajo. Los temas e historias que la sustentan provienen de las más de 8.000 historias que, desde el año 2011, venimos recogiendo en diferentes regiones de Colombia y que hemos identificado como puntos centrales de las reflexiones de vida de las personas mayores.

A la fecha más de 870 hombres y mujeres, de 21 departamentos y 19 ciudades de nuestro país, han participado en las cuatro cohortes que componen la Escuela Virtual, miles han seguido a través de internet sus componentes abiertos alcanzando incluso trascender las fronteras nacionales con integrantes de Chile, Uruguay, Perú, México, República Dominicana, Venezuela, Argentina y Panamá. Como resultado de estos años de trabajo se ha elaborado una serie de publicaciones antológicas que pueden consultarse, al igual que todos los componentes del proyecto, en la página www.yomayor.co; adicionalmente, cientos de personas mayores que participaron en la escuela en el pasado integran, en la actualidad, la Comunidad Virtual de Historias en Yo Mayor donde, de forma autónoma, siguen compartiendo y creando sus historias.

El documento pedagógico que se presenta a continuación está compuesto por las reflexiones de Mauricio Díaz, Javier Osuna y Sergio Gama, creadores y orientadores de la Escuela Virtual desde sus inicios. Adicionalmente el lector encontrará las palabras de Aura Encinales, participante de la Escuela Virtual en 2020 que, después de capacitarse como tutora, pasó a integrar el cuerpo de profesores del proyecto desde 2022.

En estas páginas están consignados aprendizajes y recomendaciones que pueden resultar útiles a quienes quieran acercarse a la metodología de la Escuela Virtual para replicarla en sus comunidades o familiarizarse con el material que venimos creando desde el origen del proyecto. Agradecemos de antemano a cada una de las personas mayores que ha participado en Historias en Yo Mayor por abrir las puertas de su corazón y de su memoria, se hace necesario advertir que, sin su apoyo y contribuciones, ninguna de estas páginas existiría.

Las voces mayores

Por Mauricio Díaz Calderón¹

Hace unos meses, en septiembre de 2023, tuve la oportunidad de moderar un encuentro en la Fiesta del Libro de Medellín. Era un conversatorio titulado *Historias en Yo Mayor: Las voces de las personas mayores*, en el que platicaría con dos mujeres que habían participado en la Escuela de Historias en Yo Mayor. El objetivo era dialogar y reflexionar sobre los aparentes logros que estaba consiguiendo la Escuela en sus participantes desde que inició en junio de 2020. A pesar de ser uno de los coordinadores del proyecto, debo confesar mi grata sorpresa al escuchar algunas de las reflexiones que hicieron las invitadas ese día: perspectivas sobre los beneficios que otorgaba el proceso y de las que yo aún no había sido plenamente consciente.

Una de las invitadas era Julia Reyna Durán (1947). A ella ya la había conocido cuando fue finalista del concurso de Yo Mayor, en 2017, pero no tenía idea de que era una reconocida trabajadora social, profesora e investigadora de la Universidad de Caldas y la Universidad de Antioquia. La otra participante era Margarita Peláez, socióloga, activista social, exdecana de la Facultad de Ciencias Sociales y Humanas de la Universidad de Antioquia, que había conocido el proyecto por casualidad apenas en 2021.

Es decir, solo hasta ese momento caí en la cuenta de que dos mujeres que llevan décadas en el sector académico, autoras de diversas investigaciones, habían sido “alumnas” nuestras en este proyecto; y ambas lo avalaban y reconocían como un espacio que cambió sus dinámicas en pandemia, su relación con la escritura y avivó su necesidad de recordar. ¿Qué era lo que habíamos logrado erigir en la Escuela Yo Mayor?

El origen

Todo empezó en marzo de 2020, cuando anunciaron que las personas mayores de 70 años debían aislarse por prevención al COVID-19. En un tiempo récord, organizamos entre las fundaciones Saldarriaga Concha y Fahrenheit 451 un proyecto que generara espacios de esparcimiento virtuales para que el adulto mayor pudiera participar desde su casa. En cuestión de dos o tres semanas, mientras iban anunciando medidas más severas de aislamiento para todas las edades, nosotros estábamos revisando todo el material escrito y audiovisual que recopilamos entre 2011 y 2018 cuando *Historias en Yo Mayor* era un concurso de cuento y narración oral.

La premisa era clara: siguiendo la línea de trabajo que ha caracterizado a la Fundación Fahrenheit 451 con la literatura como herramienta de cambio social, crearíamos una serie de

^{1*} Comunicador social y periodista, Magíster en Estudios Culturales. Subdirector de la Fundación Fahrenheit 451. Docente de la Universidad de La Sabana.

talleres virtuales, cuyas temáticas provendrían directamente de los tópicos que identificamos en el análisis de decenas de cuentos escritos y narraciones orales recopilados en los libros compilatorios del Concurso de Yo Mayor. Y así fue, en total construimos siete cartillas y siete videoguías con temáticas muy diversas, que pueden abordarse desde múltiples perspectivas para reflexionar del amor, la infancia, la tradición, los anhelos, la nostalgia, etc.

Para esa primera versión, en una convocatoria rápida, que contó con la difusión de El Tiempo, logramos que se inscribieran más de 200 personas de toda Colombia, incluso de otros países como Venezuela, República Dominicana, Perú y España.

No es mi objetivo detallar en este escrito la historia del proyecto; sin embargo, sin ese punto de partida es difícil analizar el proceso que, a fecha de hoy, ha dado vida a cuatro cohortes de la Escuela Yo Mayor y ha atendido a más de 900 personas, incluso después de haber finalizado la pandemia en el mundo; sobre todo por lo que significa recordar los rostros de alegría de los participantes de esa primera generación de 2020 cuando tuvimos el primer encuentro de inducción.

Mi intención consiste, entonces, en hacer una reflexión personal sobre las metodologías con las que, desde la Fundación Fahrenheit 451, hemos trabajado con diversos grupos poblacionales, tales como personas con discapacidad, niños y jóvenes víctimas de violencia y el conflicto armado, personas privadas de la libertad y que, obviamente, también hemos aplicado en este proceso con población adulta mayor. Asimismo, dar un viso de las didácticas personales que me han funcionado para aplicar dicha base.

El Diálogo Horizontal, la base de todo

En el conversatorio en la Fiesta del Libro, Margarita cuenta que llegó al programa por casualidad, por invitación de su amiga Hilda Posada, quien en la segunda Escuela de Yo Mayor, en 2021, iba a ser tutora. Margarita estaba dudosa, dice que le daba pereza la idea, pues ella, si bien escribe desde lo académico, no se imaginaba en este espacio haciendo cuentos. “Entré [a los encuentros virtuales] y empecé a mirar como socióloga”, dice; y continúa:

Me encontré de las cosas más maravillosas que he visto como activista social que siempre he sido: en medio de la distopía que se presentaba por la pandemia, del encerramiento, del pánico generado a la tercera edad, [la Escuela] llegó con una mirada esperanzadora de construir una utopía dentro de la distopía, reunía una memoria que el país necesita; a partir de formas que no son competitivas, individualistas y enfermizas.

Esas formas no competitivas han sido un eje esencial en el modo de trabajo de la FF451 desde su constitución en 2007. Nunca nos ha interesado que haya personas que destaquen más que otras, y muchos menos que nosotros los profesores seamos vistos como panaceas de la verdad y el conocimiento. Al contrario, el objetivo desde el momento uno es pararnos desde la horizontalidad,

advirtiéndolo que somos más bien una especie de guías de lo que puede suceder en ese espacio grupal.

Es lo que el pedagogo brasileño Paulo Freire plantea en su libro *La Pedagogía del Oprimido* (1968): en lugar de una “educación bancaria” (donde el educador deposita conocimientos en los estudiantes), es más importante un modelo dialógico en el que se aplique la escucha activa para entender y apreciar las múltiples voces presentes en el aula. A esto, Freire lo llamaba “diálogo cultural”, donde reconocía la diversidad y valoraba las diferentes formas de conocimiento como una estrategia para fomentar la reflexión crítica. Es en este diálogo, dice Freire, donde la escucha y la reflexión conjunta juegan un papel crucial en la construcción de conocimiento.

Los temas que proponemos se exploran a través del diálogo y la reflexión crítica. La escucha, entonces, se convierte en un componente esencial para comprender las experiencias y perspectivas de los estudiantes.

Con cada uno de los grupos poblacionales con los que hemos tenido la oportunidad de trabajar durante estos quince años partimos de esa escucha y el diálogo horizontal como la base para generar conversaciones y reflexiones que quizás muchos estudiantes no se habían hecho públicamente. De este modo, por ejemplo, a través de la lectura de un cuento, un poema o una crónica, conseguimos que jóvenes y adultos con síndrome de Down reflexionen sobre la relación con sus padres, sobre sus libertades o sobre sus inquietudes sexuales y amorosas; también les ha permitido a personas privadas de la libertad conversar sobre sus sentimientos, sus anhelos y frustraciones; o a habitantes de calle sobre su relación con la ciudad o los recuerdos que tienen de su familia. El objetivo formativo nunca ha intentado resultar en importantes o complejos escritos, sino en la conversación misma que se genera a partir de lo abordado en el aula, bien sea presencial o virtual.

Con población adulta mayor la premisa ha sido la misma: a partir de relatos escritos por las mismas personas mayores y de una intencionada escogencia temática, se generan espacios de discusión y reflexión que les permiten a los participantes abrirse, motivarse, empatizarse con la historia que está allí contada y con la persona que la cuenta. Algunos se animarán a poner en palabras escritas lo que el profesor ha propuesto como ejercicio, pero nunca va a ser una obligación escribir, pues los tiempos de cada uno son diferentes. Tampoco va a hacerse un minucioso cuestionamiento por el estilo narrativo que el estudiante hizo en el texto, o incluso si se desvía un poco de la temática. El relato construido por los participantes no tiene sentido por la forma, sino por la intención.

Debido a las dinámicas virtuales y de carácter nacional (e incluso internacional) sobre las que está organizada la Escuela virtual de Yo Mayor, hemos constituido grupos supremamente heterogéneos, en los que los participantes cuentan con diferentes niveles educativos, también son de distintos territorios, con una obvia diversidad cultural, e incluso económica. El único requisito que los unifica es que sean mayores de 55 años, pero dentro de ese espectro el grupo se compone de personas con variadas profesiones u oficios, algunos con una previa experiencia en Escritura Creativa, incluso ya con publicaciones; otros probablemente sin haber escrito una sola oración

desde hace décadas, pero con un interés particular por la escucha y la conversación con pares. Algunos, debido a sus trabajos, manejan con más solvencia las nuevas tecnologías: el computador con los programas de reunión virtual, los enlaces y archivos dentro de sus correos o WhatsApp, por ejemplo; mientras que otros batallan, solos o con ayuda de sus familiares, para ver el contenido que desde la Escuela se les comparte o, incluso, para intentar prender el micrófono en medio de una clase.

Pero esas heterogeneidades son las que han hecho un diferencial en lo que es esta Escuela Yo Mayor. En un taller presencial es más difícil armar un grupo tan diverso, mientras que acá, como lo dicen los mismos participantes, esa posibilidad de que haya personas de Bogotá, Arauca, Nariño, Antioquia y Atlántico en un mismo espacio les permite conocer perspectivas y prácticas culturales que no conocen, se dan cuenta de los puntos en común y las diferencias en sus crianzas, en las relaciones con sus familiares, en las variaciones de sus leyendas o de las celebraciones de las festividades colombianas.

La profesora Julia Reyna lo sintetiza de la siguiente manera:

“Para mí [La Escuela] es identidad nacional: personas de muchos rincones de Colombia que ahora permanecemos conectados. Ha sido identidad de género: hombres y mujeres por igual todos los días leyendo y escribiendo. Ha sido intercambio de generaciones, porque nosotros, siendo mayores, estamos con nuestros profes que son mucho más jóvenes. Es libertad de escritura y búsqueda del estilo”.

La didáctica

Ya vimos, entonces, que en la FF451 partimos de entender la formación como un proceso dialógico y liberador, centrado en el diálogo entre educador y educando (Freire, 1968); sin embargo, el modo en que impartimos las clases cada uno de los profesores es completamente diferente. A ese conjunto de técnicas y métodos que cada profesor aplica en un aula de clase para ejecutar la metodología pedagógica se le conoce como “didácticas”, y para que funcionen de manera asertiva dependen mucho de los modos de ser del docente, de lo que cree puede funcionar en un aula, del modo en que mejor conecta con la gente.

Veamos mi caso particular. Yo tengo muy claro que una de mis características personales es mi dificultad en ser el centro de atención por mucho tiempo, más aún si hablamos de entornos con muchas personas desconocidas. De hecho, durante muchos años sufrí de pánico escénico, lo que evidentemente hacía muy difícil la idea de ser profesor. Sin embargo, esa misma incomodidad que tenía para hablar en público fue la que determinó, en términos generales, el modo en que ahora dicto todas mis clases y/o talleres, bien sean en el marco del trabajo con la Fundación o en la Universidad (y creo que han dado buenos resultados).

Me explico: cuando empecé a dictar clases o talleres, me costaba mucho concentrarme y enfocarme en un discurso catedrático recitado porque, mientras hablaba, en mi cabeza empezaba a hacerme preguntas invasivas: *¿Qué estarán pensando de lo que estoy diciendo?, ¿por qué esa persona me está mirando de esa manera?, ¿será que dije alguna tontería y no me di cuenta?, ¿estaré divagando?, ¿los estaré aburriendo?* Eso hacía que, en vez de hablar de corrido, permanentemente estaba preguntándole algo o pidiéndole un comentario a alguno de los asistentes mientras yo iba aclarando mi cabeza. Al poco tiempo me di cuenta de que, a partir de esas respuestas que me daban o el comentario que hacían, yo seguía enrutando mi línea temática y, además, el espacio se había vuelto cien por ciento participativo.

Con el tiempo, creo que he medio superado el pánico escénico (la primera sesión siempre me cuesta, a pesar de que nadie lo note); sin embargo, mi estructura didáctica se ha mantenido bajo una premisa esencial: yo no voy a durar más de cinco a siete minutos sin interactuar con alguien del grupo. Esa decisión empieza a alimentar desde el primer momento la idea de que yo no vine a traer explicaciones de cómo son las cosas (así se debe hacer un cuento, así se debe escribir, de esta temática es que deben hablar), sino que vinimos a conversar y proponer entre todos. Dentro del aula, bien sea virtual o presencial, mi principal rol en la clase depende de mi capacidad de observación: ver quiénes son las personas más participativas; quiénes son muy callados, pero están muy atentos; quiénes son más dispersos e inconstantes, etc.; y, sobre eso, vamos dirigiendo el espacio para que todos vayan teniendo cabida.

Aplicar la escucha activa es esencial, porque precisamente cada comentario, intervención o pregunta del estudiante debe ser validada, reconocida. En nuestro rol como guías del espacio, es la validación de esa intervención la que empieza a aumentar la confianza en personas que hablan poco, que participan por primera vez o que quizás nunca se habían animado a escribir o leer en público un cuento. La clave consiste en no dejar desviar la línea temática que uno tiene pensada, pero debe ser enlazada con las intervenciones que están haciendo los estudiantes.

Uno de los ejemplos más emotivos es el de don Jaime Isaza (q.e.p.d.), una de las personas más longevas que tuvimos en la primera versión de la Escuela (2020), y que lamentablemente falleció en el 2023, a la edad de 94 años. Don Jaime se conectaba desde un computador en el centro geriátrico donde vivía, siempre estaba muy elegante, con la cartilla impresa y la tarea propuesta hecha a mano.

En un grupo de 20 personas, donde la mayoría tenían entre 60 y 70 años, obviamente don Jaime tenía anécdotas y perspectivas que alimentaban las conversaciones de cada semana. Siempre, mi primera reacción, antes de empezar la clase, era saludarlo y conversar un poco con él, saber cómo había estado la semana, cómo le había ido con los ejercicios; siempre me respondía muy emocionado mostrándome el cuaderno o las hojas en las que había escrito. Ya en el transcurso de la clase, es común que haya estudiantes más extrovertidos y participativos, que siempre tienen mucho por decir y, de hecho, muchas veces se extienden más de lo necesario. Es allí donde, en nuestra labor como guías del proceso, debemos intentar frenar la intervención sin que la persona se sienta acallada o cohibida. La mejor manera de hacerlo consiste precisamente en hacer un

comentario sobre lo que nos están contando y, acto inmediatamente seguido, hacerle una pregunta al estudiante introvertido que generalmente no participa. Este era el caso de don Jaime: pocas veces levantaba la mano cuando yo hacía preguntas abiertas, pero si le preguntaba directamente algo, siempre habría una anécdota por contar: breve, contundente y llamativa.

A don Jaime siempre se le notó muy feliz y emocionado. Beatriz Isaza, su hija, recuerda así lo que la Escuela significó para él:

Participar en Historias en Yo Mayor fue muy significativo para mi papá [...] Como siempre fue muy vanidoso, cada ocho días él buscaba una pinta elegante y un sombrero para poder estar en las clases. Participaba muchísimo, le encantaba que se interesaran en sus historias, en sus anécdotas y, sobre todo, poder hablar del gran amor de su vida: de Chiqui, mi mamá, quien había muerto hacía dos años.

Historias en Yo Mayor hizo que mi papá se sintiera orgulloso de ser parte de un proyecto tan importante, un proyecto que alteró la rutina de su vida, que le dio un nuevo aliciente, activó recuerdos, lo animó a escribir, le regaló nuevas amistades; sentía mucha admiración y cariño por su profesor Mauricio, que siempre fue muy cálido y lo ayudó a ganar cada vez más confianza.

La memoria en el papel

Durante las siete semanas que dura la Escuela existen espacios de difusión en los que se visibiliza todo lo que va pasando en el aula virtual. Así, de lunes a viernes, en horas de la noche, sucede uno de nuestros componentes más exitosos: Un Club de lectura virtual en el que, a través de YouTube y Facebook, un grupo de voluntarios jóvenes lee y comparte sus apreciaciones sobre algunos de los cuentos que se han escrito esa semana en la Escuela. Son alrededor de cinco cuentos que se leen en voz alta mientras, en simultáneo, los estudiantes de los diversos grupos van comentando y dando sus apreciaciones, bien sea desde la calidad del cuento hasta cómo esa historia les rememora a ellos otras. El proceso del Club de lectura no solo permite la validación de ver los procesos en que está cada estudiante, sino que amplía la perspectiva de la memoria desde diversos ángulos. El cuento no se queda solo en un correo que fue leído por el profesor, sino que hace parte del proceso de todos los estudiantes.

La Escuela no está pensada para acompañar proyectos de largo aliento; es más bien un motivador, un activador de recuerdos. Cada estudiante se relaciona con la escritura de manera diferente. Para don Jaime fue una oportunidad para rendirle un homenaje a su esposa “Chiqui”, la mayoría de los relatos trascendieron por ella y su memoria.

En el caso de las profesoras Julia Reyna y Margarita Peláez, en la escritura encontraron una manera de soltar recuerdos que no habían podido sanar:

Yo tenía trancado algo que me marcó en mi infancia [...] Y Yo Mayor fue recuperar la memoria de los momentos más impactantes que nos cambiaron la vida en todas las etapas [...] A nosotras nos ha sanado la literatura, dice Julia.

En Historias en Yo Mayor hicimos una común unión, de encontrar un país desfragmentado, deshilachado y supimos que esto construye identidad de nación [...] Me llevó a pensarme a mí misma, en una escritura sanadora que yo recopiló. En un proceso individual y no colectivo [...] Me descubrí haciendo literatura. Y ahí empezó una forma de disfrutar y de sanar mi propia historia, agrega Margarita.

Otro caso muy llamativo es el de Martha Lucía Cardona, una mujer de Medellín, quien desde el primer día tenía claro que deseaba escribirle una serie de cartas a su nieta para dejarle un recuerdo. Al inicio se decepcionó cuando vio que la metodología no le permitiría escribir exactamente sobre lo que ella quisiera, pero rápidamente descubrió que podía utilizar las temáticas de cada semana para inspirarse; así, el resultado de su proceso fue una serie de siete epístolas en las que le habla a su pequeña nieta de la Medellín de los años 60, o de cómo se conoció con su abuelo, o de cómo eran sus padres cuando niños, o de los mitos y leyendas que a ella le contaban cuando niña, o de las tradiciones familiares. Así cerraba la última carta, escrita en la semana 7 de Somos nuestros viajes:

[...] Luego viniste tú, Martina, la Maravillosa. Cuando naciste, prometí que no volvería a trabajar tanto, para poder ejercer el abuelazgo, estado que he podido disfrutar al máximo. Te quiero decir que eres mi melocotón y te amo más allá del infinito.

Este proyecto lo había pensado desde hacía mucho tiempo, con tan buena suerte que tuve la oportunidad de que me admitieran en la Escuela virtual de Yo Mayor, quienes me ayudaron a concretarlo y poder escribir estas cartas que espero conserves hasta cuando estés grande.

Mi camino seguirá en la búsqueda para ser mejor persona cada día y que siempre recuerdes a tu abuela como una persona que ha tratado de vivir la vida de la mejor manera tratando de respetar al prójimo.

Sin más, tu abuela, orgullosa de ti.

En unos años seguramente Martina, la nieta de Martha, reconocerá el valor de este legado.

Refugio de la memoria

Determinar cuantitativamente los logros que ha erigido la Escuela es muy difícil. Pero cada una de las experiencias aquí recopiladas -y de todas las personas que han pasado por nuestras aulas virtuales- revelan la profundidad y el impacto que otorga el diálogo horizontal y la escritura.

En el tapiz de la vida, cada uno de nosotros teje hilos de recuerdos, experiencias y emociones que conforman la trama de nuestra existencia. En este viaje, el envejecimiento se convierte en un capítulo fundamental, donde la memoria emerge como un faro que ilumina nuestro camino, recordándonos quiénes somos y de dónde venimos. En este contexto, la narración y la escucha se convierten en actos capaces de tejer puentes entre generaciones, culturas y experiencias. A través de la escritura y el diálogo horizontal, las personas mayores encuentran un refugio donde sus historias son valoradas, donde el eco de sus voces resuena en el corazón de quienes escuchan.

Cada palabra escrita y narrada es un testimonio de vida, un tributo a la fortaleza y la sabiduría acumulada a lo largo de los años. En la Escuela Yo Mayor, estas palabras se convierten en hilos de conexión, entretejido por una red de experiencias compartidas que trascienden las barreras del tiempo y el espacio. Aquí, la memoria no es solo un acto de recordar, sino un acto de resistencia contra el olvido, una celebración de la riqueza y la diversidad de la experiencia humana. En este refugio, las personas mayores encuentran un espacio para sanar heridas del pasado, para honrar a sus seres queridos y para reflexionar sobre el significado profundo de sus vidas.

Y en el otro lado de la mesa, aquellos que escuchamos nos convertimos en testigos de la humanidad en su forma más pura, aprendiendo lecciones de resiliencia, amor y esperanza que solo el paso del tiempo puede impartir. En este refugio de la memoria, nos encontramos con la verdad eterna de que, aunque el tiempo pueda borrar nuestras huellas físicas, nuestras historias perdurarán en el tejido del universo, recordándonos que nuestra voz nunca será silenciada mientras haya alguien dispuesto a escuchar.

Las llaves del baúl de los recuerdos

Por Javier Osuna Sarmiento²

Una de las manifestaciones más poderosas del relato es la identificación. Cuando contamos una historia de nuestra vida, esta deja de ser una experiencia individual y pasa a convertirse en una experiencia colectiva. El relato no solo expresa nuestros sentimientos y emociones, también genera un efecto inesperado en el espectador, al punto de hacerlo llorar o reír como ocurre con un buen libro, canción, película o el arte en general. Se trata de un doble movimiento, el de quien se atreve a contar y el de quien atiende al relato: lo que parecía nuestro ahora es de todos y, al mismo tiempo, la historia de “ese otro” se relaciona con la nuestra al punto de hacernos sentir que también nos podría pasar o ya nos pasó.

Recuerdo, con enorme admiración, la primera premiación del entonces Concurso de Cuento Historias en Yo Mayor, un piloto pequeño que nació en Bogotá, en el año 2011, de la mano de la red de bibliotecas públicas de la ciudad y que dio curso a la Escuela Virtual que hoy nos convoca. Entre el grupo de personas mayores ganadoras se destacaba Oliva Marmolejo, una mujer trigüeña de acento valluno que obtuvo el tercer puesto en la categoría de narración oral con un relato profundamente doloroso llamado “Mi infancia en tiempos de la violencia”.

Siendo niña, Oliva fue intimidada por un grupo de hombres armados que la obligaron a entregar información sobre sus vecinos liberales para, posteriormente, asesinarlos. Por muchos años cargó con el peso de sentirse cómplice del crimen. Lo hizo en silencio convirtiendo en secreto este episodio de su vida. Después de ver su historia proyectada en una pantalla gigante en la biblioteca de El Tunal, subió a la tarima para recibir su premio y expresó el enorme alivio que sentía al ver cómo una historia que había cargado con tanto sufrimiento y dolor le permitía sentirse feliz.

Pero el asunto era todavía más complejo. Ver su relato y, al mismo tiempo, percibir la reacción del público le permitió entender que solo era una niña cuando fue manipulada por un grupo de bandoleros; en otras palabras, le ofreció una perspectiva distinta a la de su propio recuerdo. No se trataba de perdonarse sino de entender que no tenía nada que reprocharse; adicionalmente, su historia se reflejaba ahora en la experiencia de muchos otros adultos que vivieron el conflicto siendo

^{2*} Magister en investigación social interdisciplinaria; Comunicador Social y Periodista. Autor de los libros “Me hablarás del fuego” y “Cartas de ceniza”. En 2009 obtuvo el Premio Nacional de Periodismo Simón Bolívar, el mismo año obtuvo el Premio Nacional de Periodismo CPB (Círculo de Periodistas de Bogotá). Actualmente se desempeña como coordinador de proyectos de la Fundación Fahrenheit 451, también como docente universitario.

niños y que ahora se acercaban a expresarle su admiración y respeto, entre ellos, los integrantes de su familia.

“Yo creo que ha sido el día más feliz de mi vida porque cuando yo me vi en esa pantalla, allá en el teatro, mejor dicho, yo no podía creer. Lloré de la alegría de saber que yo, con esa historia que me había cargado tanto pesimismo, tanta culpabilidad en mi vida y verme yo en esa pantalla, mejor dicho, para mí fue lo más grande que me haya sucedido”, aseguró años después en una entrevista cuando adaptamos su relato al formato de [radiocuento](#).

Pienso en cuántas historias de nuestra vida se encuentran guardadas, con llave, en el baúl de los recuerdos. Gran parte del dilema radica en que estamos convencidos de recordar las cosas “tal cual pasaron”, seguros de sostener en nuestra memoria los detalles de los acontecimientos y las circunstancias que rodearon nuestras acciones. Lo peligroso de esta sensación, casi siempre equivocada, tiene que ver con que al no transmitir a nadie esos episodios dolorosos de nuestra vida, las emociones, e incluso los juicios que podemos realizar a nuestra conducta, se empozan como el agua de una vertiente estancada por la vergüenza que sentimos de habernos equivocado.

Además de la identificación, cuando nos atrevemos a contar, se producen dos fenómenos profundamente poderosos. Se desvanece el velo de nuestros secretos y, adicionalmente, podemos nombrar lo sucedido con la distancia que no nos permitió la experiencia. Puede sonar complejo, pero la narración desdobra al sujeto que cuenta, lo obliga a construir relato de algo que vivió como si le sucediera a otro para poder transmitirlo a los demás, incluso cuando lo hace en primera persona.

Esta es una de las razones por las que siento tanta admiración por el relato testimonial; es decir, elaborado sobre la base de la experiencia de vida. Al igual que ocurre con un paciente y su terapeuta, en las condiciones indicadas, contar confiere una segunda oportunidad en la tierra a los recuerdos dolorosos y/o que decidimos olvidar. Lo verdaderamente fantástico es que esa experiencia íntima se desborda para interpelar también a quien escucha, motivándolo a contar su propia historia.

No hay relato que se construya sin la necesidad o la esperanza de comunicar a otro, incluso al mismo autor. Contar sobre la propia vida es al mismo tiempo convertirse en personaje de una historia susceptible de transmitirse y, al convertirnos en sus protagonistas, capaz de debilitar los muros que resguardan el secreto de quien narra, también de quien ve, lee o escucha.

“mi amor es un ensayo”

Muchas cosas cambiaron en el año 2020. La pandemia del COVID-19 trajo una serie de hondas transformaciones en la vida de los seres humanos, especialmente en las personas mayores. Ante la incertidumbre de los efectos del virus, aún sin una alternativa para enfrentarlo, varios países optaron por medidas restrictivas que confinaron a millones al perímetro de sus viviendas.

Esta fue la razón principal por la que el Concurso de Historias en Yo Mayor pasó a convertirse en Escuela Virtual, las fundaciones Fahrenheit 451 y Saldarriaga Concha quisimos invitar a quienes no podían romper con el encierro a hacerse libres a través de la narración de historias. De allí el lema que por tantos años acompañó las actividades de este proyecto: “la creatividad no entra en cuarentena”.

Dentro de los cientos de personas mayores que participaron del proyecto se encontraba María Inés Sarmiento de Osuna, mi mamá. Quisiera referir un aprendizaje más que ha dado a mi vida partiendo de su experiencia, lo hago también convencido de que no existe un indicador más elevado para una iniciativa social que la participación directa de quienes amamos. Yo tuve ese privilegio, y considero importante compartir a quien lea estas páginas algunos aspectos claves del antes y el después.

Como muchas personas, los primeros meses de pandemia sostenía comunicación diaria con mi mamá a través del teléfono ya que no existía la posibilidad de vernos en persona. Con el paso de los días nuestras conversaciones comenzaron a entrar en una especie de limbo, como si no tuviéramos nada nuevo que contarnos. Apenas se consolidó el proyecto de la Escuela Virtual la invité a participar, ni yo mismo me imaginaba en qué forma el proyecto iba a cambiar su vida y la mía.

Quienes han participado de la experiencia de la Escuela Virtual saben que metodológicamente dividimos las aulas virtuales en grupos de 15 a 10 personas, esto con el fin de poder seguir su proceso de escritura de cerca, de forma íntima. Me sorprendí al enterarme de que estaría a cargo del que le fue asignado a mi mamá. Lo pienso ahora y me sigue pareciendo maravillosa la idea de compartir en un aula con nuestras madres. Cómo se corrige a quien nos parió para la vida, si alza la mano para participar y no activa el micrófono, cómo pedirle que ceda la palabra a otro compañero sin que se ofenda... la lista de posibles circunstancias era innumerable.

En pocas semanas, mi mamá, una mujer de 72 años que no usaba regularmente su celular y mucho menos el computador, pasó a seguir de cerca los diferentes componentes del proyecto; para mi sorpresa recibí un primer correo electrónico suyo, de una nueva cuenta (especialmente creada para la clase), con el título “mi amor es un ensayo”. Su mensaje advertía “estoy aprendiendo” y traía adjunto un archivo con texto de prueba.

Los mails siguieron llegando cargados de historias que me permitían explorar facetas desconocidas de su vida. Entre ellas recuerdo un hermoso poema dedicado a la memoria de mi padre César Augusto Osuna, fallecido el 13 de marzo de 2010. Llevaba por título “Correo al cielo”:

Hoy te escribo

No nos alcanzó la vida

Han pasado 10 años desde tu partida

Y es en el recuerdo

Siempre amado
Siempre deseado
Nunca olvidado
Siempre presente
En esta luz que encendiste en mí
Y que solo se apagará con el fin de mi existencia
Te amé
Como solo se ama una vez
Por eso hoy te digo:
Gracias
Por los hijos maravillosos que me diste
Por la vida que compartimos
Por tu amor y ternura
Por tu ejemplo de lucha tenacidad y esperanza
Y gracias
Por seguir siempre a mi lado
Gracias, amor

Muchas veces tuvimos la oportunidad de hablar con mamá de nuestros sentimientos tras la muerte de papá; sin embargo, jamás pudo expresar con tanta precisión el peso de su ausencia y su agradecimiento con él como lo hizo en este poema: en medio del tedio habíamos encontrado en el relato un refugio que nos hacía libres.

Del miedo a prender el computador y el temor eterno de borrar toda la información oprimiendo con una tecla diabólica, mi mamá pasó a comprarse un computador más moderno que el mío para poder seguir de cerca y mejor las clases del proyecto. Ese gesto inesperado me permitió entender que lejos del afecto que toda madre tiene o en ocasiones finge tener por las ideas de sus hijos, había algo que estaba ocurriendo en su vida como resultado de la Escuela Virtual. Ese algo eran las personas con las que compartía semana a semana sus relatos. Ya no se trataba de mí o de ella.

A sus 72 años mi mamá participaba de un grupo virtual en compañía de su hermana Lucía Sarmiento, el novio de su hermana y 15 nuevos amigos. Eran una “pandilla” de lectores voraces y autores apasionados que compartían sus impresiones sobre la cartilla de la semana y la historia que habían escrito.

Cuando el fin del ciclo de la Escuela Virtual se intuía inminente, ocurrió un nuevo giro inesperado. Mi mamá y su grupo de escritura habían decidido escindirse de nuestra guía y seguirían reuniéndose por su cuenta, en persona, para seguir compartiendo sus historias bajo el liderazgo de Luis Eduardo Gama, compañero de curso y padre de Sergio Gama, amigo entrañable y coautor de esta cartilla. Como quien dice, ya ni el proyecto ni el profesor eran necesarios.

Cada vez que pienso en el proyecto de la Escuela Virtual agradezco a la vida permitirme conocer y disfrutar de tantas personas maravillosas. En menos de 5 años he tenido el privilegio de acompañar el proceso de escritura de amigos íntimos de mi papá que casualmente ha pasado por mis aulas, también mis suegros Luis Orlando Rojas y Sonia Álvarez han participado en este maravilloso proyecto.

Sin embargo, me gustaría referir una anécdota final sobre los efectos cercanos de esta familia llamada Historias en Yo Mayor en la vida de mi mamá. Una hermosa, en la que las cosas se ponen en orden y, de profesor, paso nuevamente a aprendiz.

Hace 8 meses visitaba a mi mamá en su apartamento durante el fin de semana. Antes de comenzar a hablar me dijo que le gustaría leerme un texto que escribió para su grupo de escritura. Procedió a buscar un cuaderno donde consigna sus escritos y me leyó una historia conmovedora de una niña campesina que, al regresar a casa, encontraba a su familia asesinada y decidía huir al monte.

Al igual que Oliva Marmolejo, mi madre vivió de cerca la llamada época de la violencia política. En muchas ocasiones hablamos de las dificultades que obligaron a mi abuelo Daniel Sarmiento, quien sobrevivió a un atentado, a dejar su tierra y establecerse con la familia en la ciudad de Bogotá donde, poco a poco, se fue apagando lejos de la rutina de la finca y sus placeres diarios.

En la mitad de la lectura mi mamá comenzó a llorar. Antes de que pudiera preguntarle por el motivo de su llanto me miró a los ojos y me dijo. “No sé por qué estoy llorando si esta niña no existe”. Mi madre leía una historia que partía de su comprensión del mundo, pero la historia hablaba de la infancia atravesada por el conflicto en el presente de nuestro país. No se trataba de un relato biográfico, pero esto no resultaba un impedimento para conmoverse por la lectura de sus propias palabras. No en vano el premio Nobel José Saramago se definía a sí mismo como “creador y criatura” de sus personajes.

Inmediatamente me interpeló una idea que intento transmitir a quienes participan de la Escuela Virtual. Desde mi experiencia acompañando procesos de escritura me sorprende que, en la medida en que avanzan las sesiones, las personas comienzan a relacionarse de una manera tediosa con el acto de escribir, como si lo sufrieran (y me incluyo).

No pretendo simplificar las complejidades que rodean este oficio: los días malos en los que no nos sale una idea, el miedo a la página en blanco, los bloqueos creativos, etc. Pero sí existe una primera condición en la construcción del relato que considero indispensable a la hora de saltar “al abismo” de la escritura y es que este posea algo de nosotros mismos (y no me refiero exclusivamente a nuestra experiencia de vida). Por encima de la forma o la gramática, sabemos que hemos construido un párrafo o un verso en el que nos vemos reflejados, como en un espejo de agua, cuando somos capaces de conovernos con él, cuando toca nuestros sentimientos. Podría decirlo de una manera más sencilla: si el texto que escribimos no consigue removernos a nosotros mismos, cómo podría tocar a los lectores.

Parece una obviedad establecer una relación profunda entre los sentimientos y la escritura, lamentablemente las palabras pueden usarse también para escondernos, para mostrarnos inteligentes, sofisticados, para confundir.

El primer editor de un texto es el autor, y como alguna vez nos compartió el reconocido escritor José Zuleta en uno de los conversatorios de la Escuela Virtual “el maestro es el texto”. Creo que uno de los aciertos de este proyecto radica en explorar la profundidad del relato, más allá de la obsesión con la ortografía o los géneros, haciendo énfasis en la conmoción emocional que supone el esfuerzo de escribir y la valentía de compartir lo escrito.

Mi madre, María Inés Sarmiento, y Oliva Marmolejo, saben mucho de esto. Al final no se trata solo de escribir una historia para que se quede anquilosada en un cajón del escritorio. El sentido completo de la escritura ocurre, al menos para mí, cuando alguien convierte en paisaje el relato de otro. Y no hay paisaje sin espectador.

“Agúzate que te están velando”

Cuando se nos invitó a escribir este breve texto sobre nuestra experiencia pedagógica tras estos ya casi 13 años de Historias en Yo Mayor, pensamos, junto con Sergio Gama y Mauricio Díaz, que sería una buena oportunidad para dedicar tiempo a esas pequeñas particularidades que, compartiendo un fondo común, hace de nuestras metodologías tan diferentes y al mismo tiempo complementarias: los matices de cada uno en el aula.

En mi caso la música es un elemento indispensable para el desarrollo de la clase, por eso suelo tener una guitarra a la mano. He descubierto que cantar para los asistentes, al iniciar la sesión, constituye un instrumento fundamental para deconstruir la relación acartonada del maestro y el profesor que habitualmente nos ofrece el paradigma de la educación tradicional. Por eso permanentemente advierto a los miembros de la Escuela Virtual que soy apenas un acompañante de su proceso de escritura, no el maestro o el profesor.

Hay al menos tres cosas maravillosas que ocurren cuando cantamos a los demás.

En primer lugar, trascendemos del umbral del ridículo: exponemos nuestra propia fragilidad y gustos a través de un gesto, el del canto, que muestra el cariño que sentimos por quien tenemos delante, aun sin conocerlo a profundidad. Norman Sims habla de la “máscara de los hombres”, esos pequeños trozos de realidad que, en conexión simbólica, terminan siendo fundamentales a la hora de contar una historia. No se puede cantar sin exponerse, es por eso que siempre busco una canción que trate el tema que voy a desarrollar en la sesión, porque entiendo que el primer gesto de quien pretende abrir el corazón de un desconocido para que se anime a contar es abrir el suyo; volviendo a Sims, a través de la música nos quitamos las máscaras que traemos puestas, de paso abrimos, con el ejemplo, las puertas a un espacio donde podemos compartir más allá de nuestras prevenciones y fallas.

En segundo lugar, cuando cantamos establecemos nuevas relaciones con el tema propuesto. Ahorramos tiempo ofreciendo una alternativa diferente a lo que la cartilla o nuestra planeación de clase propone. Como no hay una única forma de interpretar el significado de una canción, la música puede abrir caminos inesperados, podría definirlo como un sano espacio para la improvisación en el que quien escucha puede inferir y ofrecer su punto de vista partiendo de un estímulo externo. Puede parecer increíble, pero algunas veces me he sorprendido cantando en coro con los asistentes canciones de Chavela Vargas o Hernando Marín. Más que un espacio de distensión, el canto ofrece un canal de comunicación que reafirma el valor de la participación y el papel que juega cada uno en el espacio, favorece la transmisión sutil de sentimientos y aporta una gran diversidad de significados; lo hace, además, en poco tiempo, un variable fundamental para una propuesta pedagógica de siete semanas donde cada minuto cuenta.

En tercer lugar, cuando cantamos obligamos a los presentes a aguzar la escucha. Puede parecer trivial, pero el ritmo de la vida diaria con sus problemas y afugias, incluso estos tiempos postpandémicos suponen un auténtico reto en materia de atención. Esto sucede porque nos acostumbramos a estar sin estar, podemos asistir a tres encuentros virtuales mientras cocinamos, leemos o paseamos al perro.

Hay un fenómeno del que me gustaría hablar especialmente al que se llega a través del canto. Una de las dificultades de la pedagogía en la era digital tiene que ver con que le hablamos a un montón de círculos anónimos en la pantalla, si es que el nombre de estudiante figura con el del usuario conectado (es importante destacar que varias personas mayores se conectan desde el teléfono de la hija o el computador de un familiar). He hablado de esto con otras personas y me dicen, a modo de burla, que las clases virtuales se convierten en auténticas sesiones de espiritismo, nos la pasamos más tiempo preguntando si alguien está conectado que comunicándonos efectivamente: “¿Pedro, estás ahí? ...”.

He aprendido que cuando canto no solo ayudo a concentrar la atención de escucha del grupo, sino que paulatinamente los puntos habitualmente inertes de la pantalla prenden sus cámaras. No tengo claro qué motiva este comportamiento, quizás la intención de mostrar su respuesta corporal al canto, pero lo que puedo ver es que, con el paso de las sesiones, se vuelve una práctica frecuente,

disponen de un espacio aislado que les permite escuchar apropiadamente, ya no solo la canción sino el resto de la clase.

A través de la música rompemos con las relaciones limitantes de la pedagogía tradicional (conociéndonos mejor); favorecemos la empatía; aumentamos las interpretaciones posibles sobre el tema a tratar y desarrollamos nuevas dimensiones de escucha. Se parece al sentido literal de la expresión acuñada por los legendarios salseros Richie Ray y Bobby Cruz: “Agúzate que te están velando”. A través de la música, también en el aula, despertamos para la vida y la escritura.

Un motor de cambio cultural

Es apenas evidente que una Escuela Virtual que asigna a la forma oral y escrita el mismo valor en la construcción del relato se convierta en un espacio de colisión entre diversos sistemas de pensamiento y creencias. En las aulas del proyecto coinciden personas de diferentes orígenes con intereses y conocimientos igualmente diversos. Perfectamente un colombiano que reside en el extranjero y quiere contar sus experiencias de vida en Praga puede encontrarse con otro dedicado a las labores del campo que se comunica desde un punto estable de conexión en su vereda para hablar sobre remedios tradicionales.

Los mundos mencionados anteriormente pueden parecer, a primera vista, desconectados; sin embargo, parte de la riqueza de la Escuela Virtual tiene que ver con los puentes que se construyen entre aparentes opuestos.

Recuerdo con especial cariño la experiencia de un grupo en la cohorte del año 2022. En ese entonces tuve la fortuna de acompañar un grupo de 20 personas, 7 hombres y 13 mujeres, varias de ellas líderes comprometidas con los derechos humanos y organizaciones feministas que incidieron en importantes procesos de transformación en el departamento de Antioquia. Desde las primeras sesiones se presentaban tensiones cuando brotaban los estereotipos negativos que habitualmente se usan para describir y limitar a la mujer como la fragilidad, la vanidad, la inestabilidad, incluso la maternidad como único sentido de la existencia. Uno de los participantes, criado en un entorno rural en Boyacá, cuyo nombre preservo por respeto a su intimidad, espetaba con frecuencia ideas machistas que rápidamente eran respondidas por sus compañeras.

Muchas veces me interpelé a mí mismo sobre la forma en la que estas discusiones se presentaban, limitando mis intervenciones a hacer visible el complejo mundo que componía la vida de cada uno de los participantes (un ejercicio que considero infinitamente más eficiente y provechoso que el del juicio moral). Afortunadamente, en la medida en que las sesiones pasaban, algo inesperado ocurrió. Poco a poco las famosas sentencias del compañero fueron abriendo camino a un poderoso proceso de aprendizaje en el que, con la ayuda y paciencia del grupo, la situación no solo pudo sortearse favorablemente, sino que dio paso a una importante transformación cultural. Quien antes veía a la mujer desde los estereotipos de su crianza, pasó a aprender de sus compañeras y a integrar a sus intervenciones un sano cuestionamiento del origen de sus ideas machistas.

Estos procesos de cambio, tan necesarios para una sociedad más justa, fueron posibles al mismo tiempo en la medida en que sus compañeras entendieron la situación, sin ceder su posición, pero expandiendo la percepción de las intervenciones más allá de sus prejuicios. Valorando, por ejemplo, su responsabilidad con los trabajos de cada semana, también la forma en la que amorosamente estaba pendiente de la salud de los demás recomendándoles efectivos remedios caseros.

En este proceso de cambio cultural jugaron también un papel importante los otros hombres del grupo que fungieron como un espejo capaz de cuestionar sus propias convicciones. Entendía ahora que nos todos pensaban como él y que, como todos, nuestros procesos de aprendizaje están intermediados y limitados por nuestro entorno y sistemas de creencias.

La Escuela Virtual es un laboratorio vivo de cambio cultural. A lo largo de estos 4 años he sido testigo de cómo dogmas religiosos, posturas xenofóbicas y homofóbicas se transforman en el encuentro con el otro. Me siento muy afortunado de acompañar un espacio en el que los integrantes sienten que pueden mostrarse como son y, al mismo tiempo, transformarse en el encuentro con los demás. Un gesto que agradezco se permita y nos permitamos en una edad avanzada donde con frecuencia escuchamos repetir el famoso y equivocado refrán de “loro viejo no aprende a hablar”.

Este proyecto sostiene un importante puente de comunicación entre saberes de la modernidad y saberes ancestrales (todos con sesgo y preconcepciones). Contrario a lo que podría pensarse, no se trata de una confrontación, en medio de un modelo pedagógico donde la bibliografía es la vida misma de quienes se han animado a contar; se trata más de una diversidad que nos abraza e invita a aprender y desaprender. Un lugar donde nadie puede ver al otro por encima o debajo del hombro.

En el año 2015, cuando la Escuela Virtual era aún un concurso de Cuento y Narración Oral, grabamos una serie de bellísimas historias orales en la región de los Montes de María. Uno de los ganadores, que obtuvo Mención de Honor, fue Manuel Esteban Anaya, un vendedor de chance del departamento de Sucre con una canción de su propia inspiración llamada “La Chicunguña”. El tema, interpretado con una trajinada guitarra roja, puede apreciarse en [este enlace](#). Es un jocoso resumen de los síntomas de una enfermedad que cobró la vida de miles de personas y que, en ese entonces, le evitaba acercarse a su pareja.

El día de la premiación en San Basilio de Palenque, territorio declarado por la Unesco Patrimonio Cultural de la Humanidad, ante cientos de personas, Manuel interpretó su canción, incluidos grupos musicales de increíble importancia y reconocimiento en nuestro país como Sexteto Tabalá y Las Alegres Ambulancias. Debo confesar que sentía temor de la reacción de los asistentes ante la interpretación de un músico empírico que se enfrentaba a un escenario solo acompañado exclusivamente por su guitarra.

Mis temores fueron interrumpidos por un gesto de enorme profundidad que sorprendió al público. Antes de iniciar su interpretación, sacó la guitarra y empezó a insultarla delante de todo el auditorio, como si se tratara de un amigo que necesitara ser increpado para reaccionar del letargo.

Concluido el ritual, explicó a quienes lo miraban: “Me toca así porque a veces se queda callada”. El resto es historia. El público terminó coreando el pegajoso y coloquial coro de la canción, incluso prometió para el próximo año tener la continuación del tema, la parte dos.

Vuelvo sobre este ejemplo para evidenciar cómo la colisión de la diversidad supone no solo la transformación de quienes se acercan y recogen las historias difundidas por Historias en Yo Mayor desde 2011. Este proyecto supone también la creación de rituales nuevos, eso que brillantemente vaticinó el poeta Gonzalo Márquez Cristo en su libro “La palabra liberada”: una tradición que no se agota en el recuerdo, sino que nos invita a crear en el presente como una estrategia de preservación y transformación de la vida.

Resultan inagotables las vías y estrategias que condicionan nuestro acceso al baúl de los recuerdos, sus llaves. Que el objetivo de esta tarea parezca inabarcable no debe desilusionarnos, pues solo animándonos a buscarlas y tanteando sus contornos podremos encontrar la adecuada. Parece en ocasiones un juego de acierto y error, pero es más profundo. Nuestra esperanza reposa en la certeza de que no existen dos cofres iguales.

Navegar la marea de los recuerdos

Por Sergio Gama³

Trabajar con personas mayores es una travesía en la que se puede naufragar fácilmente y siempre (no exagero con el 'siempre') esos naufragios (así como las tormentas que nublan las sesiones) tienen que ver con lo siguiente: muchas personas mayores se sienten relegadas a un segundo plano y, en ocasiones, olvidadas por la mayoría de la gente (incluso por sus familias), excepto cuando quieren decidir por ellas, legislar sobre sus necesidades y obtener algo de ellas. Esto puede llevar a desconfianzas, miedos y dudas sobre sus propias capacidades y conocimientos, así como una reticencia a compartir y abrirse.

En la presencialidad he abordado este tipo de situaciones yendo a dinámicas concretas que sirven mucho y tienen que ver con momentos informales antes de las sesiones o en descansos: chismes sobre el barrio, bromas sobre calles cercanas llenas de huecos, jugar dominó o cartas, pedir consejos de cocina, preparar alimentos juntos o, simplemente, compartir comida. Este tipo de estrategias también me han funcionado trabajando en cárceles, con personas con discapacidad e incluso con niños y niñas en bibliotecas.

¿Cómo no confiar y compartir con el profe al que le ganan jugando cartas, que les pregunta cómo preparar comida rara, que habla de un programa de televisión o que llega con una bolsa de pan (de la panadería preferida del sector) para acompañar el tinto antes de la sesión o en un descanso a la mitad? Un poco de caos y desorden antes o en los descansos ayudan a relajarse y abrirse.

Ahora bien, estos recursos no sirven en la virtualidad, con personas de diversas partes del país, con vidas muy diferentes e intenciones muy distintas frente al espacio del taller. En este tipo de situaciones he necesitado ir a otras estrategias que han sido de gran utilidad y definen mi manera de desarrollar mis sesiones en la Escuela Virtual de Historias en Yo Mayor.

A continuación, intentaré recorrer y explicar un poco el caos que suele ser la marea de mis sesiones virtuales, esperando que sea de utilidad para usted, quien está leyendo esto y tal vez desee o necesite trabajar con personas mayores.

Confianza y escucha

³* Filósofo y Magíster en Literatura de la Universidad de Los Andes. Ha dictado talleres de creación literaria con jóvenes, niños, personas con discapacidad y personas privadas de la libertad.

“Durante un tiempo busqué varias organizaciones, para recibir orientación y poder mejorar mis escritos, en las que pudiese confiar...”

Fui conociendo la forma educativa y de integración, en la Escuela Virtual, que llevaban en sus clases virtuales y en una amplia gama de actividades que desarrollaban a diario. Al fin, había encontrado un lugar donde se nos prestaba atención a los adultos mayores. Hacía unos meses había decidido no escribir más, pero al pertenecer a esta escuela virtual, reinicié otra vez mis escritos”, Gustavo Herrera Bobb.

De nuevo, en la presencialidad es más fácil construir la confianza: normalmente los del grupo ya se conocen o tienen en común el lugar en el que viven, en esos casos se necesita construir la confianza con el profesor. Para eso, no hay como “echar chisme” o jugar algo antes de iniciar (lo digo porque me ha funcionado, sobre todo cuando me dejo ganar y lo vuelvo un chiste). Pero hacerlo en la virtualidad es mucho más difícil que preguntar por una vía que lleva años sin ser reparada o dejar de poner una ficha en un momento clave o robar una ficha innecesariamente.

El fragmento que escogí para iniciar este apartado hace parte de un discurso que dio Gustavo Herrera para el evento de graduación de la tercera cohorte, de la cual él hizo parte. Este ilustra, en gran medida, uno de los puntos clave que han dado sentido a la manera en que manejo mis sesiones de la Escuela Virtual: cómo construir confianza desde el comienzo.

En mi experiencia (desde antes con tías y abuelos y en talleres presenciales), todas las personas mayores tienen historias que quieren y necesitan compartir (amores, pilatunas, tristezas, remordimientos, entre un largo etcétera), pero la soledad y la falta de atención han generado que muchas duden e, incluso, teman compartir sus voces.

Por eso, durante la primera sesión y de manera explícita, comparto historias y anécdotas más con los asistentes, para que vean que también comparto mi vida con ellos. Incluso, a veces, bromeo con que el taller es un “negocio, pero que no es una pirámide”: si me dan historias, les doy historias. Así, se dan cuenta de que, no sólo los escucho, sino que también me abro con ellos. La confianza y la escucha se construyen al tiempo y en doble vía. ¿Usted confiaría en alguien a quien no conoce?

Es más, para contribuir a esa confianza, al compartir mis historias, intento que sean graciosas o un poco vergonzosas. Así, por un lado, esto ayuda a que me conozcan y, por otro, busca disminuir mi imagen como una autoridad que pueda ser intimidante (como lo han sido muchas figuras en el proceso de formación de la educación formal tradicional), para que sientan que pueden hablar de lo que recuerden. ¿No se sentiría usted tranquilo de compartir sus historias si antes el profesor le contara, por ejemplo, que de niño tenía cerca de 20 caracoles en su casa y les daba de comer las matas de la casa, o que una vez dañó una camiseta blanca por pintarla para que se pareciera a la de Jorge Campos y luego la mamá lo regañó?

Con ello, me voy ganando el título de capitán del barco de las sesiones, para que la tripulación (los asistentes) confíen en mi mando y comencemos a navegar.

“Nunca había estado en un espacio con perfectos desconocidos donde nos unía un propósito común de escuchar y ser escuchados. Es una sensación curiosa”, María Elfi Chaves.

En las siguientes sesiones dejo a un lado mis ridículos (no los abandono, solo uso menos), para concentrarme en lo que los asistentes han escrito para contar y compartir: los textos realizados para el tema de la semana se leen y se comentan ahí mismo en la sesión y esas historias son el motor de la reflexión y los comentarios del grupo. Ello desvía la atención de las historias de la cartilla de cada semana y el orden que esta plantea, pero permite que las anécdotas y las vidas del grupo mismo sean aún más relevantes.

Así como lo señala María Elfi en sus palabras al cierre de la primera cohorte, se genera que todos se escuchen de manera activa; es decir, se escuchan unos a otros, no sólo esperando su turno para hablar. Se logra construir una cercanía entre unos y otros que no es física; es sólo por las historias que han compartido.

La sesión no es un barco que va a un destino seguro, siguiendo un rumbo fijo dado por una carta de navegación (la cartilla), en un mar muy amplio (el tema de la semana). Este barco va navegando por las historias de una persona a la otra, de un puerto a otro, conociendo un poco de cada uno en cada puerto. Como capitán, sólo marco el rumbo de un puerto a otro e intento regular el tiempo en cada puerto, aunque la marea misma a veces se lleva el barco.

Esto lo complemento con una escucha diferencial. Debido a que los grupos suelen estar compuestos por personas con distintos niveles educativos y de trasfondos muy diferentes, es importante escuchar a cada una en lo que dice y lo que busca en el taller: para quienes tienen cierto conocimiento en escritura, suelo señalar, junto con aciertos técnicos, problemas de sus escritos; y para quienes no tienen conocimiento en escritura o manifiestan prevenciones con sus textos, comentarios que den confianza para seguir escribiendo y compartiendo.

He encontrado que es frustrante (para los participantes y para mí) no hacer esa diferenciación: únicamente dar confianza a quienes tienen formación en escritura y buscan mejorar sus textos es frustrante y pierden el interés; señalar problemas en un texto de alguien que apenas se está tomando confianza es castrante. Y a mí me frustra causar ese tipo de malestares en el grupo.

Ahora bien, usted puede preguntarse: ¿cómo lograr reconocer los intereses de unos y otros? Se puede interrogar directamente en la primera sesión (lo hago, tomo nota e intento no perder las notas), pero lo más importante es hacer de sus historias el centro y que estas nos lleven a donde sea que nos lleven, es soltar el timón y que la marea de los recuerdos, los intereses y los deseos del grupo se lleven el barco.

En esta misma escucha es necesario dar el espacio para que quienes no escriben y sólo comparten desde la oralidad, lo hagan sin sentir que dicha manera de expresar es menos importante. Para esto, busco que, entre cada historia escrita por alguien del grupo (que se lea en la sesión), haya reflexiones e historias orales contadas por otras personas del grupo.

Se transita de una manera de contar a la otra y se da un espacio valioso a todas: a veces aparecen poemas, canciones, rimas, coplas, cuentos, llantos, acrósticos y recuerdos que pueden hacer que ese barco a la deriva (que son muchas veces mis sesiones) se alejen del tema central, pero, si el grupo está a gusto y responde a eso, ¿quién soy yo para acabar esa escucha y compartir?

Con-movernos

“Si no me hubiera inscrito en Historias en Yo Mayor probablemente mi vida seguiría igual que antes. No habría conocido las narraciones y rimas de otros... Nadie habría escuchado mi voz más allá de los textos profesionales; no sabrían sobre las hojas de las páginas amarillas que volaron convertidas en avioncitos hace 60 años o la felicidad de un paseo al río contados por mis compañeros”, María Elfi Chaves.

De nuevo retomo las palabras de María Elfi, ahora para enfatizar uno de los principales resultados de construir la confianza entre el grupo y trabajar la escucha: la posibilidad de conmovirse. Al final de esta cita, ella habla de dos anécdotas diferentes, de textos escritos por dos de sus compañeros en semanas distintas. Fueron momentos en historias leídas y comentadas ahí mismo, en medio de esa marea caótica en la cual se mueven mis sesiones; sin embargo, a pesar de lo efímero del momento, ella atesoró las reacciones y la manera en que el grupo conectó y quiso resaltarlos en su discurso.

El confiar en el otro, compartir y escuchar permite que se pueda conectar con lo que dice el otro y conmovirse. Vale señalar que no uso ‘conmover’ en el sentido tradicional (alterar, perturbar, inquietar, asombrar, estremecer o enternecer), sino más cercano a la raíz latina de la palabra (*commōvĕre*) que tiene que ver con poner en movimiento; lo pienso como un moverse en conjunto con el otro. Así, la historia y el recuerdo de alguien hace que se mueva quien lo lee y quien lo escucha, hay conexión entre unos y otros.

Ese conectarse y moverse en conjunto (con-moverse) lleva a que quienes escuchan comprendan la historia del otro y se reconozcan en el otro. Así, la sesión (el barco que navega en esta marea de recuerdos) en realidad no va a la deriva: se mueve de uno a otro, haciendo pequeñas paradas en los puertos que son las historias personales.

En últimas, este fluir abre la posibilidad de reconocerse los unos a los otros en las historias y en los momentos que se han vivido, pues son los destinos que vamos recorriendo en nuestra navegación. Es la posibilidad de construir comunidad en torno a las vidas de unos y otros y la conexión que surge al escucharnos; es la necesidad de centrarse (durante las sesiones) en las historias de las personas del grupo, más que en las de las cartillas.

Así, una tristeza, un dolor o una carga tal vez no se sientan tan mal y pesadas, pues se comparten; y una alegría, una risa o un momento luminoso alegre e ilumina más porque se comparten. Se reconocen en las alegrías y las tristezas, pues se han con-movido.

Ya para terminar este apartado, abordaré una pregunta que puede estar en su mente ¿para qué la cartilla si no va a ser el centro de la sesión? Pues la cartilla es clave para generar la reflexión inicial de la sesión, pero, sobre todo, para que las personas la lean y la recorran antes y a la sesión lleguen con textos listos, recuerdos vitalizados y reflexiones frescas.

Familia

“Durante todo este tiempo que mi mamá, Tina, estuvo escribiendo sus historias, las historias de su vida, nos transmitió su entusiasmo a todos nosotros, porque todos estuvimos involucrados. Todos los días ella nos contaba en qué iba y cómo iba el cuento de ella. Mi hermano se lo ayudaba a transcribir en el computador. Él nos lo enviaba a nuestra casa, a mi correo, porque yo no vivo con ella. Nosotros lo imprimíamos y lo revisábamos. Así, conocimos muchas cosas y eso también nos entusiasmó muchísimo”, Sonia Cristina Murcia Moreno, hija de Tina Moreno de Murcia.

Continuando la analogía de la sesión como un barco que se mueve sobre la marea, los escritos que se hacen (y muchas veces los ajustan después de la sesión) son la pesca resultante con la cual se van los asistentes; es aquello que comparten con su círculo cercano, fuera del ámbito exclusivo de la Escuela Virtual.

Las siete cartillas fueron concebidas en el marco de la pandemia por el COVID, en 2020. Con ello en mente, algunos ejercicios se pensaron para que las personas mayores buscaran hablar con sus familiares o amigos, para completar anécdotas, para confrontar recuerdos o, simplemente, para compartir sus textos. En algunos casos eso fue muy exitoso, como en este que retratan las palabras de Sonia, hija de Laurentina Moreno, más conocida como Tina, una mujer mayor residente en Ibagué que participó en la primera cohorte.

En un comienzo, Tina les compartía sus historias para obtener apoyo en la revisión de ortografía, y en eso se concentraba Sonia. Luego, con el paso de las semanas y los ejercicios, esa revisión se volvió un compartir y con-moverse, un reconocer a su mamá en sus escritos. Este encuentro es aún más significativo cuando se considera que Sonia vive en Toronto, Canadá, y esas historias se volvieron una manera de hallarse juntas a pesar de la distancia.

Sumado a eso, cabe señalar que, si bien no es este el caso, sí hay otros en los cuales las personas, después de sentir que sus historias eran validadas y ganar la confianza para escribir, las enviaban a amigos y familiares. Construían otra manera de compartir con ellos, una manera en que sus escritos eran un punto de encuentro, de con-moverse. Tal es el caso de mi papá (él hizo parte de la primera cohorte) quien se sintió tan a gusto con sus historias y se sorprendió tanto con su habilidad para escribir y transmitir episodios de su vida, que, en varios grupos de WhatsApp de la familia, las compartió y generó conversaciones muy gratas con sus hermanos y algunos de mis primos en torno a la historia familiar.

También es importante señalar, desde el caso de Tina, que (al igual que en muchos otros) hay participantes de la Escuela que no manejan las plataformas virtuales y necesitan de un apoyo constante para conectarse, manejar el micrófono e, incluso, para poner sus historias por escrito a computador. Es cierto que este tipo de casos son una minoría, pero, al menos en mi experiencia, resultan siendo una gran enseñanza sobre el manejo de las sesiones: quien acompaña no es sólo “apoyo técnico”, también escucha las sesiones y se con-mueve con las historias; estos apoyos son un primer encuentro intergeneracional del grupo.

En ese sentido, es clave vincular a esos apoyos en el desarrollo de las sesiones y en las historias, haciéndolos partícipes: es útil invitarlos a que cuenten historias o reflexionen sobre el tema de la semana, así se profundiza en la escucha y en la confianza, con un carácter intergeneracional. No siempre funciona, pero algunas veces, en tanto son miembros de la misma familia, los invito a que hagan algún ejercicio de la semana con la persona a la que acompañan. Casi nunca aceptan la invitación, pero cuando lo hacen, resulta en un momento bello de compartir, no sólo como escribientes, sino como coautores.

El con-moverse como base de la Comunidad Virtual

“Me siento también orgulloso de ser parte de esta comunidad virtual, ya que nos ha permitido proyectarnos a las redes sociales compartiendo nuestros conocimientos y saberes mediante la oralidad, escritura y lectura socializando cómo vimos cambiar nuestros lugares, cómo amamos, cómo crecimos, nuestros mitos y leyendas, cómo surgieron nuestras tradiciones y culturas, qué animales nos han acompañado y finalmente nuestros viajes desde la mirada de nuestras vidas”, José Dolcey Irreño.

Antes de zambullirnos en las palabras de José Dolcey, daré un contexto de lo que es la Comunidad Virtual: este es un componente del proyecto que busca, para quienes participaron en las siete semanas de la Escuela, generar dinámicas que posibiliten la existencia de grupos autogestionados por las personas mayores. La idea es que, siguiendo la intención de diálogo, compartir, leer y escribir de la Escuela, las personas continúen reuniéndose y compartiendo en tertulias que no dependan de las fundaciones o de profesores externos que puedan implicar algún gasto. En últimas, queremos que las personas que salen de la Escuela trabajen en red y se apoyen unas a otras y sean autónomas e independientes del proyecto. Continuando la analogía del barco, sería que el capitán del barco se baje y entregue el manejo del timón a la tripulación y esta se lance a recorrer esa marea; lo cual a veces le parece asustador a algunas personas, pero es, en realidad, el paso lógico: el barco siempre se ha movido por los recuerdos de la tripulación, el capitán no ha sido lo esencial. Pero ¿será que la tripulación sí puede hacerse cargo?, ¿cómo se da eso?

Al igual que los grupos de la Escuela Virtual, los de la comunidad están compuestos por personas con distintos niveles de formación y de diferentes regiones; sin embargo, mientras en las sesiones de la Escuela hay temas por semana puestos desde el proyecto (carta de navegación) y el liderazgo se encuentra en manos de un profesor del proyecto (capitán del barco), en la Comunidad

no hay planeación ni injerencia de las organizaciones. Allí, las dinámicas, los temas y las metodologías están en manos de los asistentes; así como los liderazgos.

En esta situación podría ser muy fácil que las diferencias entre unos y otros fuesen dañinas para el grupo, por cuanto podrían generar conflicto y dificultar el ponerse de acuerdo. Sin embargo, en el tiempo que lleva la comunidad, lo contrario ha sido la norma: desde el confiar y escucharse se han construido dinámicas de manejo de los temas y de las metodologías que han permitido que todos participen y que la mayoría de los asistentes hagan parte de la toma de decisiones. Además, las diferencias entre unos y otros han sido enriquecedoras para el grupo: han permitido que los liderazgos surjan y se afiancen; que las habilidades y el conocimiento de unos se pongan al servicio de quienes los necesitan; y que cada persona transite en su proceso individual, con el apoyo del grupo. Esto se ha dado sin que haya una directriz definida o una orden concreta. La tripulación se conoce muy bien y va reconociendo su marea y cómo transitarla, delegando diferentes capitanías en el grupo, entendiendo cuándo alguien puede ser disruptivo para la ruta que recorren y cómo manejarlo.

Desde mi punto de vista, esto ha sido posible por el énfasis en el escucharse y reconocerse mutuamente, así las historias y las vidas de unos y otros logran con-mover a los miembros del grupo; no se construye desde la homogeneidad, sino desde saberse diferentes, reconocerse, acompañarse y conectar con el otro y sus vidas.

Para finalizar este apartado, vamos a lo que nos dice José Dolcey, quien es una de las personas mayores que ha hecho el tránsito de estudiante a ser tutor (apoyo del docente) para llegar a convertirse en docente de un grupo de la cuarta cohorte. Él también hace parte de uno de los grupos de la Comunidad Virtual.

Al igual que José Dolcey, muchos de la Comunidad se sienten orgullosos de estar ahí, parados desde el compartir y proyectarse en unos lazos de cercanía que solo la virtualidad permite entre personas que viven en lugares tan diferentes y han vivido vidas tan distintas.

Las alegrías y las risas de unos son de todos; las tristezas y los miedos de unos son soportados por todos; los saludos en los grupos, lejos de ser protocolarios, son muy sentidos y saben recordar cuando alguien tiene alguna penuria de salud o alguna preocupación o cuando un cumpleaños está cerca.

Asistentes grupales

“Mi experiencia en el espacio de Historias en Yo Mayor fue profundamente conmovedora y reflexiva y me permitió ser más cercana que nunca a la vida de las personas mayores con quienes me relaciono diariamente. Tuve un espacio privilegiado en el proceso de escritura como replicadora y acompañante. Pude palpar con más sensibilidad sus vivencias y emociones y la sabiduría

acumulada desde sus experiencias de amor, resistencia, pérdida y crecimiento personal", Andrea Rozo, profesional del Centro Día Casa de la Sabiduría Campo Verde.

Para terminar, quiero llamar la atención sobre unos casos que son excepciones constantes (perdonarán el oximorón): en todas las cohortes ha habido casos en que se dan conexiones grupales; es decir, en una pantalla se ve a varias personas que toman la sesión al tiempo, cuando el micrófono se abre, no se sabe quién hablará, pues puede haber entre 3 y 40 participantes. Este ha sido el caso de hogares de personas mayores o de centros vinculados a la Secretaría de Integración Social (en Bogotá), en los cuales grupos enteros ven y escuchan la sesión gracias a videobeams y parlantes que proyectan la sesión en vivo. Así, yo, como profesor, me encuentro con 20 pantallas conectadas en la sesión, pero una o dos de ellas corresponden a grupos de este tipo.

En la Escuela Virtual, la gran mayoría de quienes han participado lo han hecho con una conexión individual, es decir, cada pantalla corresponde a una sola persona. Volviendo con la analogía del barco, cada una de esas conexiones es un miembro de la tripulación, cuyos recuerdos hacen parte de esa marea. Ahora bien, en estas conexiones grupales, es como si uno de esos miembros fuera, en sí, otro barco más pequeño, con una marea más pequeña sobre ese otro barco más grande que es la sesión. La analogía se torna extraña y surreal, porque algo así es manejar ese tipo de grupos.

Si construir confianza y escucha es un reto fuerte desde lo virtual es peor en estos casos. Las personas de ese *sub-grupo*, que se encuentra en una sola conexión, intentan estar atentas al resto del grupo de la sesión viendo las pantallas en un videobeam. Cuando quieren participar, deben pedir el micrófono o acercarse al computador que están empleando en el centro y, entonces, poder hablar. ¿Parece tortuoso y con demasiados pasos extra? Lo es. Pero se puede lograr y puede funcionar muy bien, si se cuenta con un buen copiloto o segundo al mando en ese barco más pequeño: es decir, un replicador (tomo la palabra de Andrea).

Intencionalmente no hablo de un profesional en el centro, sino de un replicador. La diferencia radica en que el profesional cumple con su obligación (prender el computador, disponer la conexión y asegurar que las personas estén ahí), mientras que el replicador es una persona que entiende y asume el proceso de la sesión y lo replica ahí (en vivo o posteriormente) con su grupo. En ese sentido, para el manejo de este tipo de sub-grupos, es clave una correcta articulación con el profesional del centro para que participe como replicador.

Este fue el caso de Andrea Rozo que, en la cuarta cohorte, fue clave para que el grupo con el que trabaja pudiera hacer parte de la Escuela. Debido a que le robaron al centro los equipos para la conexión a internet, las personas que se inscribieron no pudieron conectarse como estaba pensado inicialmente: con un videobeam, un computador, un micrófono, 8 personas y Andrea en un salón. Entonces, ella asumió el reto de tomar las 7 semanas y replicarlas con su grupo, recorriendo las cartillas y fragmentos de las sesiones hechas con el resto del grupo. En ese sentido, la experiencia es distinta, pero como lo dejan ver las palabras de Andrea, no se invalida y logra los objetivos.

Para cerrar, diré que es necesario vincular al replicador en las sesiones, preguntando por las historias de su grupo y sus historias propias, de manera que no sólo acompañe, sino que se haga parte y sienta lo que es compartir y con-moverse y eso mismo lo pueda compartir con su grupo y con la experiencia general.

¿Conclusiones?

Mis reflexiones se pueden sintetizar así, más o menos: Sirve confiar en la marea de los recuerdos y dejar que la marea misma sea lo que guíe la sesión. Si se construye la confianza, la escucha y el con-moverse en el grupo, la marea misma se regulará y hará que el mapa de ruta no sea tan relevante. Es más, la marea misma y la tripulación del barco sabrá cuándo es tiempo de salir de un puerto, para buscar otro. Así, la tripulación misma también puede ir entendiendo lo que es liderar y capitanear el barco, para reconocer la belleza y complejidad de la marea y llevarse muy buenas pescas para compartir con sus personas queridas.

Eso me funciona a mí, espero que a usted también le pueda servir.

¿Qué puede descubrir una persona en historias en yo mayor?

Por Aura Encinales⁴

Mi nombre es Aura Encinales y hago parte del proyecto que llamamos La comunidad virtual de HYM. Habiendo hecho tránsito por varias instancias de HYM, desde que me incorporé a este nuevo espacio me he dedicado a desentrañar las claves que le dan significado. A partir de esas claves he procurado apoyar el esfuerzo que busca encontrar nuevas respuestas a las también nuevas necesidades que se han generado. Así que me voy a basar en mi experiencia personal para contar – no pretendo hacer cátedra–, lo que he descubierto en HYM.

Decía Juan Rulfo que los temas fundamentales en la literatura son el amor, la vida y la muerte. Podríamos, con el perdón de Rulfo, decir que son dos: la vida y la muerte, pues todo lo que hacemos o nos pasa está comprendido entre ellos. Lo cierto es que lo primero que valoré fue la escogencia de los siete temas en torno a los cuales giran las historias de cada semana. Por lo menos seis de ellos han sido cruciales en nuestras vidas. Escoger estos temas ha sido como poner un foco de luz para guiar a la memoria en la búsqueda de historias puntuales.

Y con historias puntuales hago referencia a recuerdos de hechos significativos, a retratos de situaciones que hemos vivido o presenciado, a anécdotas que se traen para poner como ejemplo de puntos de vista. No han faltado tampoco los relatos literarios; es decir, los que se acogen a ciertos requerimientos que los validan como tales. Pero en general, todas son historias. Historias que merecen ser contadas, que merecen ser escuchadas. Y el valor de ellas reside en que son expresiones de vida. De la propia y de la de otros. Viéndolo así, llegamos al siguiente descubrimiento: no somos una sola historia. Ni en lo individual ni en lo colectivo representamos una sola historia, así haya algunas constantes que aparentemente se repiten. Son muchas las historias que construimos a lo largo de la vida bajo cada circunstancia por la que atravesamos. Unas se traslapan; otras aparentemente se distancian; algunas tienen cierres definitivos; pero unas más pareciera que nunca concluyen. Y, por si fuera poco, cada historia la podemos contar de mil maneras dependiendo de los nuevos ángulos que descubramos para hacerlo. De los matices que se nos antoje resaltar o minimizar.

A partir de narrativas alrededor de nuestras propias vidas aprendimos que no solo vale la pena narrar lo extraordinario. La mayoría de nosotros nos reconocemos como personas corrientes, con unas historias que se asemejan unas a otras. Sin embargo, le conferimos a ellas un significado de valor. Como tiene significado lo cotidiano, lo aparentemente banal o trivial. Lo que pareciera no

⁴ Profesora de la Escuela Yo Mayor. Fue capacitada como docente para acompañar el proceso de escritura de los estudiantes a lo largo de siete semanas y a acompañar la creación de historias.

tener una mayor importancia para nadie. Lo infraordinario, como dice Georges Perec. Y no me quedo sin decirlo: el tema con el que arrancan los talleres que se llama “Vimos cambiar nuestros lugares” pareciera rendir homenaje a este escritor francés que invitó siempre a redescubrir el mundo con mirada de asombro, a percibir cómo se transforman ante nosotros los lugares, las personas, el mundo, valiéndonos de la experiencia sensorial.

Cuando descubrimos que somos capaces de hacer y rehacer las historias estamos descubriendo nuestra capacidad de crear. Eso es Historias en Yo Mayor: un potenciador de la creatividad. Y al descubrir que somos capaces de crear, como lo hace un pintor, un escultor, un arquitecto o cualquier artista, descubrimos también el placer que eso produce. Placer que duele, a veces. Placer que cuesta, casi siempre. Distinto a diversión. Por eso no hagamos mucho caso a esa frase que algunos repiten con relación a la escritura: “si escribir no te divierte, no lo hagas”. Mi recomendación es hacerlo porque la compensación es más grande y profunda que la que da la diversión. Y cuando llegamos a experimentar este goce, el enganche con la narrativa será de largo aliento. El lector siempre estará presente para nosotros, pero no será la razón última por la que narramos. La razón será nuestra propia necesidad y placer.

Los descubrimientos nunca paran en HYM. Luego de saborear el placer de crear y recrear historias sentimos que queremos seguir haciéndolo, pero cada vez mejor. Entonces, convencidos de que el ejercicio mecánico de escribir no basta, empezamos también a explorar en las herramientas narrativas, a conocer o recordar las normas que rigen la escritura y a interesarnos por ese proceso que implica arrancar con las ideas que nos sugiere un tema para convertir eso en un argumento, en una trama. En una historia. En un relato. Los conversatorios con los escritores elevaron el nivel y la expectativa de lo que empezamos a conocer. Los Clubes de lectura, los pódcast y demás componentes crearon ese espacio de comunidad que ha sido un privilegio porque permite el encuentro directo del autor y el lector. Pero, además, porque nos ejercita en una de las condiciones que todo escritor debe tener: la capacidad de escuchar y de escucharse.

Narrar desde la memoria nos hizo sentir el desdoblamiento que significa ser autor y narrador. En este punto, empezamos a ver que una cosa no es igual a la otra. Que cuando me siento a narrar adquiero otra voz diferente a la cotidiana, tengo otro tono. He tomado, sin advertirlo, una distancia de los hechos que narro. Elijo qué partes de la historia resalto y cuáles dejo de lado o minimizo. Juego con el tiempo. Me construyo como personaje y me acompaño de otros a quienes les confiero el perfil que quiero darles.

De a poco fuimos adquiriendo conciencia de lo que hacemos y de por qué lo hacemos. Al finalizar HYM si hemos tenido la motivación suficiente, el enganche suficiente, queremos dar el paso hacia el cómo hacerlo. Esa es la razón de ser de la Comunidad Virtual.

Y para finalizar mi exposición de descubrimientos, HYM nos desafió a manifestar que, pese a la distancia física que nos separa, a lo heterogéneo que es este conglomerado de personas desde el punto de vista de las culturas regionales, del acercamiento previo a la literatura y la lectura, al ejercicio de profesiones, es posible crear fuertes vínculos entre nosotros. Unos vínculos que se

pueden construir a partir del compromiso con la narrativa, con nosotros mismos y con los demás.
Pero, sobre todo, a partir del respeto que damos y recibimos.